WALTER
KASPER

María,
signo de esperanza



Sal Terrae
Colección «El Pozo de Siquén»
419


Walter Kasper
MARÍA,
signo de esperanza
SAL TERRAE

Grupo de Comunicación Loyola
• Facebook / • Twitter / • Instagram

Originalmente publicado en Alemania en 2018
bajo el título *Maria: Zeichen der Hoffnung*
por Patmos Verlag, de Schwabenverlag AG, Ostfildern, Alemania.

El presente volumen se publica con la colaboración
del Instituto de Teología, Ecumenismo y Espiritualidad
«Cardenal Walter Kasper»,
con sede en la Escuela Superior de Filosofía y Teología
de Vallendar (Alemania).

Director: Prof. Dr. George Augustin

Traducción:
Melecio Agúndez Agúndez, SJ

Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com / gcloyola.com

Imprimatur:
✠ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
10-02-2020

Diseño de cubierta:
Vicente Aznar Mengual, SJ

ISBN: 978-84-293-2982-7

María, «hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe 3,10),
brilla ante el Pueblo de Dios en marcha,
como señal de esperanza cierta y de consuelo».

CONCILIO VATICANO II
Lumen gentium 68

Índice

Prólogo a la edición en lengua española

Este breve libro quiere mostrar cómo María, la Madre de nuestro Señor, ha sido siempre para mí, a lo largo de mi vida, un signo de esperanza y de consuelo y una intercesora en todas las necesidades de la vida y de la Iglesia.

El mismo Jesús, antes de morir en la cruz, nos dejó a su Madre como Madre nuestra. María acompaña a la Iglesia en su peregrinación por la historia. Ella es como la aurora que anuncia la salida del sol y muestra que nuestra vida no termina en el abismo de las tinieblas, sino que nos lleva hacia la luz que ha brillado definitivamente en Jesucristo.

Espero que esta obra pueda ayudar a muchas personas, jóvenes y mayores, a comprender mejor y más profundamente el significado de la devoción a María, y que las anime a buscar en María, la Madre de Dios, el consuelo, la esperanza y la guía segura en medio de sus necesidades.

Roma, 1 de enero de 2020
Solemnidad de Santa María, Madre de Dios
CARDENAL WALTER KASPER

Prólogo

La presente meditación sobre María fue pronunciada en Roma, hace algunos años, como conferencia. Inesperadamente despertó el interés de Edizione Dehoniane (Bolonia). La editorial alemana Patmos, en un gesto digno de agradecimiento, se ha declarado también dispuesta a poner esta meditación a disposición del público de lengua alemana.

He dejado intacto el texto original y he renunciado a toda reelaboración científica. Nuevo he añadido simplemente el capítulo sobre «María, Madre de la Iglesia», después de que el papa Francisco introdujese la fiesta del mismo nombre, situándola en el lunes de Pentecostés.

El culto a María y la devoción mariana tienen sus raíces en el testimonio de la Biblia y forman parte, como algo natural, de la práctica de la fe, tanto personal como litúrgica, de todas las Iglesias del primer milenio. También entre los reformadores del siglo XVI han encontrado su reflejo. Me alegraría que esta meditación prestara una modesta contribución a la comprensión, a la renovación y al disfrute de esta rica tradición.

Lunes de Pentecostés de 2018
CARDENAL WALTER KASPER

Canto de María

Magníficat

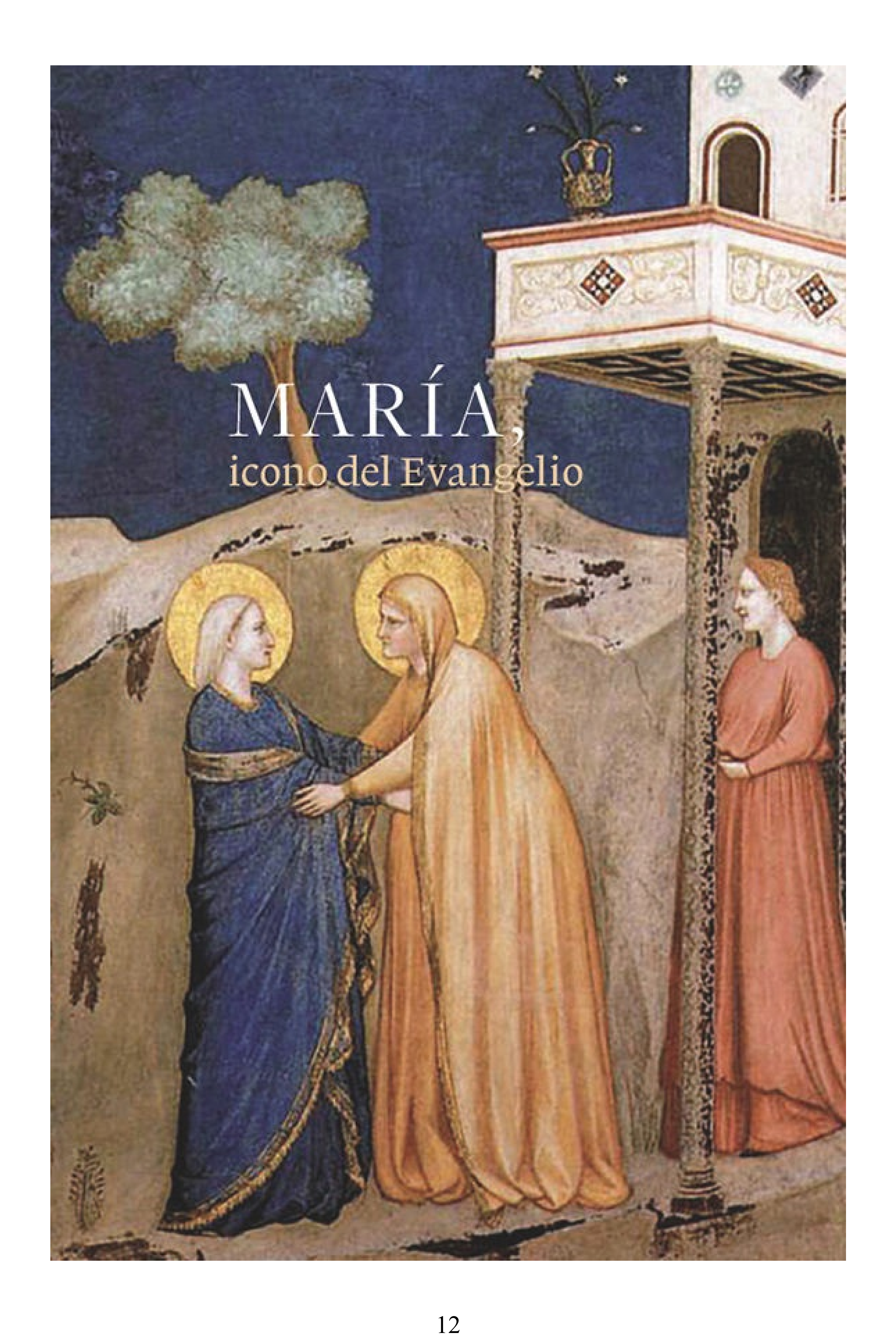
Proclama mi alma la grandeza del Señor,
mi espíritu festeja a Dios, mi salvador,
porque se ha fijado en la humildad de su esclava
y en adelante me felicitarán
todas las generaciones.

Porque el Poderoso ha hecho proezas;
su nombre es sagrado.

Su misericordia con sus fieles continúa
de generación en generación.
Su poder se ejerce con su brazo,
desbarata a los soberbios en sus planes,
derriba del trono a los potentados
y ensalza a los humildes,
colma de bienes a los hambrientos
y despide vacíos a los ricos.

Socorre a Israel, su siervo,
recordando la lealtad,
prometida a nuestros antepasados,
en favor de Abrahán y su linaje por siempre.

LUCAS 1,46-55


MARÍA,
icono del Evangelio

De joven crecí cerca de un santuario mariano, un santuario de peregrinación. En los terribles años de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo cuando en Alemania, durante los ataques aéreos, teníamos que pasar muchas noches en el refugio, iba frecuentemente allí con mi madre para rezar e implorar protección. La conocida oración *Sub tuum praesidium* [Bajo tu protección] tenía para nosotros, en aquella situación, un significado profundo y nos servía de gran consuelo. De este modo, la devoción mariana me fue marcando ya desde la infancia y la juventud.

Más tarde, estudiando en la universidad, conocí otro influjo que se contraponía, crítica pero no negativamente, a la devoción mariana: la crítica atañía simplemente a algunos de sus excesos. Aprendí que el culto a María debe basarse en la Sagrada Escritura y en el eje y punto central de nuestra fe, es decir, en Jesucristo, y que debe referirse también a la liturgia de la Iglesia. Era el influjo del movimiento litúrgico y bíblico, que en aquella época era muy fuerte: un movimiento al que me siento agradecido y que preparó el terreno al Concilio Vaticano II.

Sin embargo, bajo el influjo de este movimiento litúrgico y bíblico, hubo problemas y agrias discusiones cuando el papa Pío XII, en 1950, definió el dogma de la Asunción de María a la gloria celeste. Nos preguntábamos: ¿dónde está el fundamento bíblico? En un país como Alemania, confesionalmente dividido, este dogma provocó problemas ecuménicos dignos de tomarse en serio. Muchos protestantes opinaron entonces que, con ese dogma, la Iglesia católica se había aislado y separado definitivamente de las otras Iglesias.

Por esto, nos sentimos muy contentos de que el Concilio Vaticano II diese un nuevo impulso a la doctrina y el culto a la Madre de Dios y los reintegrase en la estructura total de la doctrina de la Iglesia y de la liturgia. El Concilio declaró que María es imagen, modelo y *tipo* de la Iglesia y el más luminoso modelo de fe y de amor (cf. *Lumen gentium* 53, 63, 65). No tuvimos la impresión de que, con esto, se hubiera desvalorizado o «aguado» la mariología. Al contrario, nos sentimos más cercanos a María: María ya no era ahora para nosotros solo la lejana reina del cielo, sino nuestra hermana en la fe, la primera de los creyentes, que nos acompaña en nuestro camino y que guía y protege a toda la Iglesia en su peregrinaje por la historia.

Tras el Concilio, sin embargo, no solo tuvimos que experimentar cómo el culto y la devoción a María perdían terreno, sino que constatamos además que en muchos círculos, y frecuentemente también incluso entre los católicos, eran minusvalorados. Para muchos –también para mí– esto fue un *shock*. Los papas Pablo VI y Juan Pablo II defendieron y profundizaron enérgicamente los contenidos católicos de la fe y las formas de piedad y de culto. Mientras tanto, hemos experimentado, a Dios gracias, una recuperación, una renovación y una vuelta a la gran tradición cristiana y católica. Todos los movimientos espirituales posconciliares están marcados por una especial veneración a María.

Esta renovación tiene lugar no solo en la Iglesia católica, sino también en las Iglesias reformadas (en especial, en la Iglesia luterana y en el diálogo con los anglicanos). Durante mucho tiempo, «María» fue una especie de tabú y un tema vidrioso en el diálogo ecuménico, que uno no se atrevía a abordar. Hoy, esas Iglesias redescubren su

propia tradición mariana, que en la época moderna, a partir de la Ilustración, habían, en gran parte, perdido. Es importante recordar nuestra común tradición de la primitiva Iglesia, que es una y la misma, y que se expresa en el símbolo apostólico, que confiesa a María como Madre de Dios y como Virgen. Martín Lutero (1483-1546) escribió una bellísima interpretación del Magníficat; los anglicanos tienen inspiradores himnos de alabanza a la Madre de Dios; tanto el calendario litúrgico de los anglicanos como el de los luteranos recogen numerosas fiestas marianas. Naturalmente, subsisten todavía ciertos prejuicios por parte de muchos cristianos evangélicos, pero podemos ya constatar que el clima está cambiando. Con todo, yo estoy seguro de que, si hoy fuera a mi patria, Alemania, y hablara de la Madre de Dios, no faltaría quien se levantara y me preguntara: «¿Cómo es posible que usted pueda venerar a María? Naturalmente, es la Madre de Jesús, pero ¿cómo puede llamarla Madre de Dios, cómo puede creer en su virginidad, cómo puede rezar a María? Todo este culto a María es una superstición y una desviación del Evangelio; porque, de acuerdo con la Biblia, Jesucristo es el solo y único salvador, redentor y mediador. Pero usted hace de María una mediadora al lado de Cristo».

Mi respuesta a tales reproches es normalmente que yo hablo de María porque la Biblia misma habla de ella. Yo hablo de la Madre de Dios porque ella está inseparablemente unida al mensaje sobre Jesucristo. María misma ha dicho en el Magníficat: «Y en adelante me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48). Cuando, pues, hoy hablamos de la Madre de Dios y cuando en la liturgia cantamos o rezamos diariamente el Magníficat, nos unimos al gran coro de todas las generaciones de todos los siglos, y de todos aquellos que han dicho y repetido el Magníficat y alabado a Dios porque ha escogido a María, la ha bendecido y ha hecho grandes cosas en ella, porque nos la ha dado como modelo y como madre: Madre de Dios y Madre nuestra, como *Madonna*, «nuestra querida Señora» [*unsere Liebe Frau*], como decimos en Alemania. El testimonio del Nuevo Testamento y de toda la tradición de nuestra Iglesia nos autoriza a hablar, a cantar, a rezar así. Sería una gran desviación de la Biblia y de la Tradición y una gran pérdida que olvidásemos esto.

Sin embargo, se puede pecar de dos maneras: por mucho y por poco, por exceso y por defecto. Se puede exagerar por exceso y se puede exagerar por defecto. De las exageraciones por defecto ya he hablado; pero es preciso hablar también de las exageraciones por exceso. De estas hay muchas. Por eso Pablo VI, en su exhortación apostólica *Marialis cultus* (1974), nos recordó este peligro y nos advirtió que es preciso ver a la Madre de Dios en la totalidad del testimonio bíblico y litúrgico. El pontífice declaró que la teología y la espiritualidad marianas tienen que ser teocéntricas y cristocéntricas y tienen que basarse en la Biblia y en la liturgia.

María es, por decirlo así, el icono del Evangelio, es decir, la actualización real y personal y la perfecta realización del Evangelio, pero no es el Evangelio mismo. El Evangelio mismo y la encarnación del Evangelio es única y exclusivamente Jesucristo. ¡Es preciso respetar esta jerarquía de las verdades! Para evitar ambos peligros, el peligro del exceso y el peligro del defecto, querría hablar, en primer lugar, de algunos aspectos del testimonio evangélico, porque el testimonio en la Biblia es para nosotros el

comienzo, el principio, el hilo conductor y la fuente de toda nuestra fe y de toda nuestra espiritualidad; también de la espiritualidad mariana.

Martín Lutero

El Magníficat interpretado

Para entender como es debido este sagrado himno de alabanza, es preciso notar (en él) que la venerada Virgen María habla por experiencia propia, y que en este punto ha sido iluminada y enseñada por el Espíritu Santo. Porque nadie puede entender como es debido a Dios ni la palabra de Dios si no obtiene esa inteligencia inmediatamente del Espíritu Santo. Ahora bien, nadie puede obtenerla del Espíritu Santo si no la experimenta, la prueba y la vive. Y en esa experiencia, el Espíritu Santo enseña como en su propia escuela, fuera de la cual nada se enseña más que palabrería hueca y parloteo. Así es como, cuando la santísima Virgen ha experimentado en sí misma que Dios obra en ella cosas tan grandes, a pesar de que ha sido pequeña, insignificante, pobre e indigna, el Espíritu Santo le enseña este rico arte y sabiduría: que Dios es un Señor que no se emplea en hacer otra cosa sino levantar lo que es bajo y humilde, abajar y humillar lo que está engreído; en una palabra: quebrantar lo que está envalentonado y reconstruir por entero lo que está quebrantado.

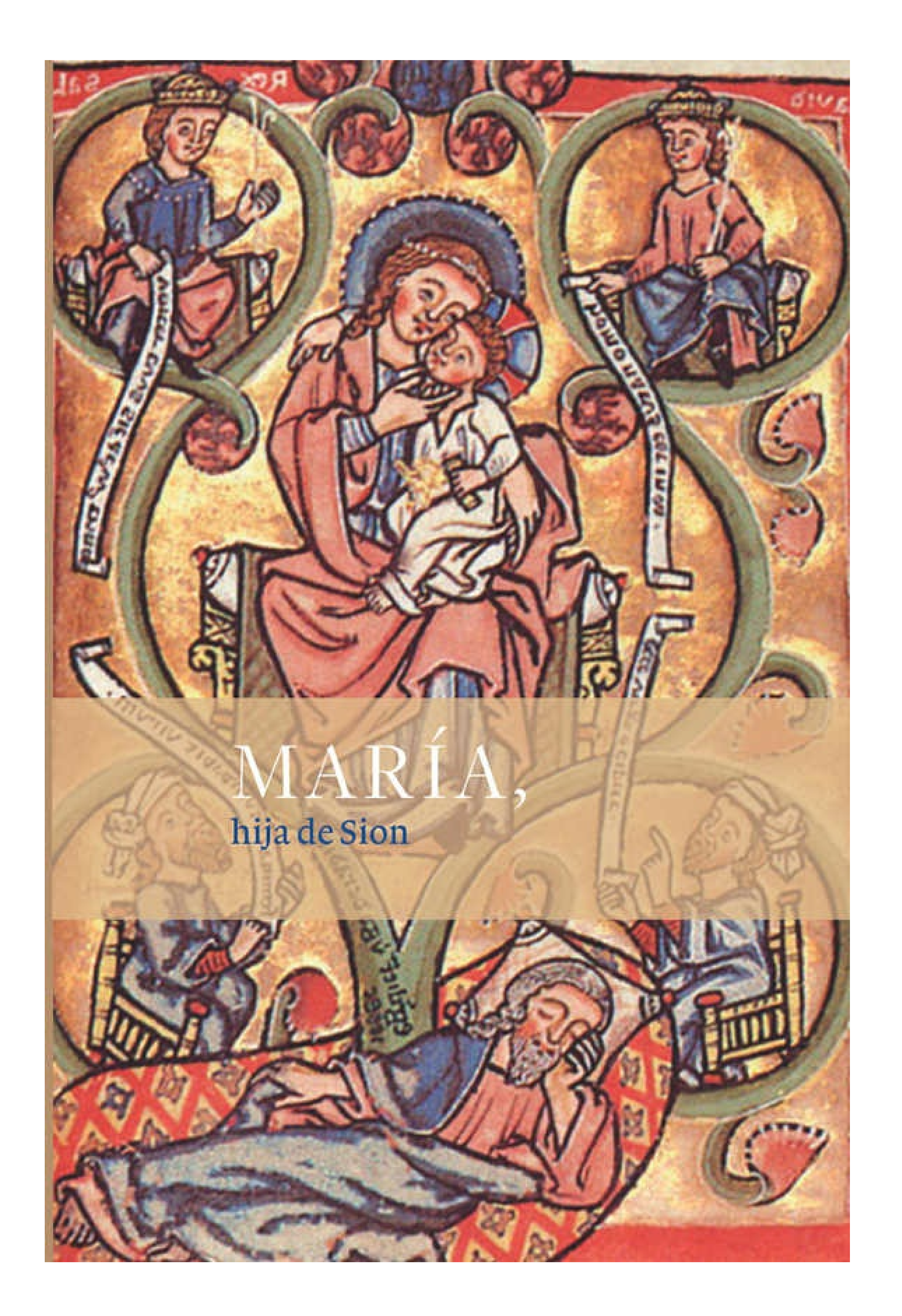
Porque, lo mismo que al comienzo de todas las creaturas Él creó el mundo de la nada, razón por la cual se llama «Creador» y «Omnipotente», así persiste inmutado en la misma actitud, en actuar de esa misma manera; y todas sus obras hasta el fin del mundo están todavía hechas de tal manera que de lo que es nada, pequeño, despreciado, menesteroso, muerto, hace algo valioso, digno, feliz, vivo. A la inversa, todo lo que es algo, valioso, digno de estima, dichoso, vivo, lo desbarata, lo empequeñece, lo hace despreciable, miserable y moribundo. Ninguna creatura puede obrar de esa manera: no tiene poder para hacer algo de la nada. Así, los ojos de Dios miran solo a lo profundo, no a lo alto, como dice Daniel (en el canto de los tres jóvenes en el horno encendido): «Cabalgas sobre querubines sondeando los abismos» (Dn 3,55). Y el Salmo 138,6: «El Señor es sublime y se fija en el humilde y a los soberbios los trata a distancia». Lo mismo el Salmo 113,5: «¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que encumbra su trono y abaja su mirada en el cielo y la tierra?».

«Mi alma proclama la grandeza del Señor»

La palabra de María brota de una alegría desbordante; dentro, su ánimo y su vida íntima exultan totalmente en el espíritu. Por eso no dice «yo proclamo la grandeza de Dios», sino «mi alma», como si quisiera decir: mi vida y mis sentidos todos vibran en el amor, en la alabanza y en los supremos goces de Dios, de tal manera que, no dueña de mí misma, soy ensalzada más de lo que yo misma me elevo a la alabanza de Dios; como les acontece a todos aquellos

que están llenos, en el espíritu, de la dulzura divina: que sienten más de lo que pueden decir. Porque no es obra humana alabar a Dios con júbilo. Es más una pasión gozosa y solo una obra de Dios, que no se logra enseñar con palabras, sino que solo se puede aprender mediante experiencia personal, como dice David en el Salmo 34,9: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el varón que se acoge a Él». Pone primero el gustar, luego, el ver, por esa razón: porque no es posible conocer sin experiencia y sentimiento propios, cosa a la que nadie llega, salvo el que se confía a Dios de todo corazón cuando está hundido en la necesidad. Por eso añade inmediatamente: «Dichoso el varón que se acoge a Él», porque este experimentará en sí la obra de Dios y así llegará a sentir la dulzura (y), por este medio, a toda inteligencia y conocimiento.

MARTÍN LUTERO
De *El Magníficat traducido al alemán e interpretado*
(WA 7,546-601)


MARÍA,
hija de Sion

¿Cuál es el punto de partida del Nuevo Testamento? En nuestra respuesta queremos comenzar por el más importante texto: el anuncio del ángel a María. El ángel le dice: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28). Este texto está lleno de significado.

El saludo del ángel dice textualmente: *Chaîre*, «Alégrate», y es la misma palabra con la que, en la versión griega del Antiguo Testamento, el profeta Sofonías se dirige a la Hija de Sion: «¡Alégrate, Hija de Sion! ¡Grita de júbilo, Israel!» (Sof 3,14; cf. Zac 2,14; 9,9; Sal 9,15; Is 62,11). La «Hija de Sion», en el Antiguo Testamento, es el Pueblo elegido de Israel. Si, pues, se habla a María de la misma manera que a la Hija de Sion, es que se le habla como a la representante de Israel. Sin embargo, hay una sutil diferencia. En el Antiguo Testamento, ese término, *Hija de Sion*, se utiliza a menudo para caracterizar a Israel como denigrado, humillado, deprimido, abandonado (cf. 2 Re 19,21; Is 1,8; Lam 1,6). Únicamente en los profetas posteriores se promete a ese Israel humillado una reparación escatológica. Por eso dice Sofonías: «Alégrate, hija de Sion». Esta promesa escatológica se cumple ahora en María. Ella representa, pues, a Israel en su esperanza y en su cumplimiento escatológico.

Sin embargo, es un cumplimiento extraño y paradójico. María misma se turbó y se peguntaba qué sentido podía tener aquel saludo: «¿Cómo puede suceder esto, pues no conozco varón?» (Lc 1,34). Y el ángel respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te hará sombra» (Lc 1,35). También este aspecto tiene que ser entendido en el contexto del Antiguo Testamento.

En el Antiguo Testamento encontramos muchas historias de mujeres, y todas esas historias tienen la misma estructura. Basta con pensar en los relatos de Sara y de Agar, de Raquel, de Lía, Ana o Débora, o en las historias de Ester y de Judit. Siempre es el mismo mensaje: no se escoge a la fuerte, sino a la débil, a la estéril para que se vuelva fecunda, a la mujer sin poder para que salve a su pueblo. Ya Ana formula este mensaje: «Él levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre para hacer que se siente entre príncipes y herede un trono glorioso» (1 Sm 2,8). En su canto, el Magníficat, María dice lo mismo: «Desbarata a los soberbios en sus planes, derriba del trono a los potentados y ensalza a los humildes» (Lc 1,51-53).

Así, María representa toda la historia de salvación de su pueblo y es un signo de cómo actúa Dios en esa historia. María, la Hija de Sion, la que representa a su pueblo, representa todavía más la fidelidad de Dios para con su pueblo. En el libro del profeta Oseas dice Dios: «¿Cómo podría Yo abandonarte, Efraín, entregarte a ti, Israel?» (Os 11,8). A pesar de la infidelidad de Israel, Dios permanece fiel a su pueblo. María es, pues, el signo de la persistencia de la antigua alianza, y esto es la unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento no solo en sentido físico, sino también en sentido espiritual. De este modo, en su persona se afirma lo mismo que el apóstol Pablo escribe en los famosos capítulos 9 al 11 de la Carta a los Romanos. La alianza continúa porque Dios es fiel, pues «los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11,29).

Esta afirmación de la alianza no revocada tiene hoy una importancia central en el diálogo con los judíos. Se ha afirmado frecuentemente que el Nuevo Testamento

sustituye al Antiguo y que Israel, a causa de su infidelidad, es el pueblo infiel y repudiado. Solo hoy, tras los tristes acontecimientos que han caracterizado la prolongada historia de las relaciones entre la Iglesia y los judíos, y en especial tras la tragedia de la *Šo'ah*, recordamos el mensaje de Pablo. María representa este mensaje. María, la Hija de Sion, es –por decirlo así– la defensora y patrona de una nueva relación y de un nuevo diálogo entre Iglesia y judaísmo. María es el lazo y el vínculo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y representa la unidad de la historia de la salvación, el hilo conductor que recorre toda la Sagrada Escritura. Por eso, la mariología no se puede fundar sobre textos bíblicos aislados, sino que está contenida en la Biblia como un todo y es el resultado de una interpretación *tipológica*, es decir, una interpretación que comprende el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo e interpreta el Nuevo sobre la base de las promesas del Antiguo. Esta interpretación, por desgracia, ha caído en el olvido en tiempos más recientes. Ahora bien: donde se olvida a María y donde se rechaza la fe mariana, ahí se pone en discusión y en juego el mensaje bíblico en su totalidad.

Canto de alabanza de Ana

Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque celebro tu salvación.

No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.

No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe,
Él es quien pesa las acciones.

Se rompen los arcos de los valientes,
y los cobardes se ciñen de valor;
los hartos se contratan por el pan,
y los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos
y la madre de muchos queda baldía.

El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
el Señor da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.

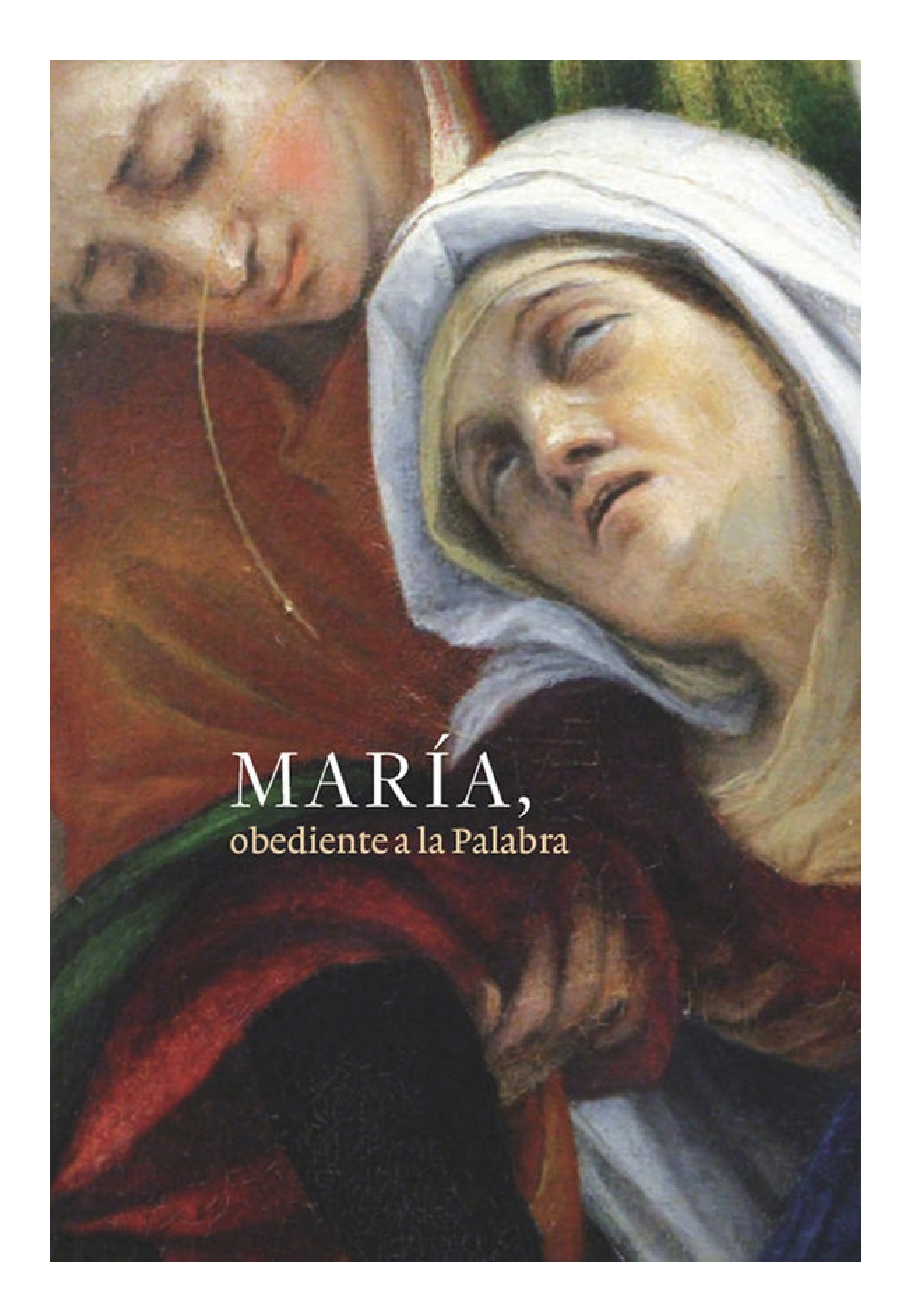
Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes,
y que herede un trono glorioso,
pues del Señor son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el orbe.

Él guarda los pasos de sus amigos
mientras los malvados perecen en las tinieblas
–porque el hombre no triunfa por su fuerza–.

El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga
hasta el confín de la tierra.

Él da autoridad a su rey,
exalta el poder de su Ungido.

1 SAMUEL 2,1-10


MARÍA,
obediente a la Palabra

María resume la memoria del mensaje de salvación del Antiguo Testamento y es, a tiempo, anticipación de la Buena Nueva neotestamentaria. El Magníficat es el anticipo de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, en el que Jesús declara bienaventurados a los pobres, a los afligidos, a los mansos, a los que tienen hambre y sed, a los misericordiosos y perseguidos (cf. Mt 5,3-12). Hemos visto que María, en el Magníficat, dice lo mismo. Así, María representa el Evangelio de Jesús y, en especial, el amor preferencial de Dios por los pobres y el principio fundamental de la Buena Nueva: «Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros» (Mt 19,30). El Evangelio invierte los valores ordinarios. Así, en el Magníficat, María no solo representa al pueblo del Antiguo Testamento, sino también al pueblo de la Nueva Alianza. María es –como dicen los teólogos– *tipo*, prototipo de la Iglesia y de su predicación del Evangelio.

María como prototipo de la Iglesia se encuentra expresamente en la tradición según san Juan. En el Evangelio de Juan se dice sobre la crucifixión de Jesús: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al lado, al discípulo predilecto, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre"» (Jn 19,25-27). Juan, el discípulo predilecto, representa en el cuarto evangelio a los discípulos de Jesús, a la Iglesia fundada en la cruz. Jesús confía este discípulo a María como si ella fuera su madre. María, tipo de la Iglesia y de aquellos que siguen a Cristo, se convierte ahora también en Madre de la Iglesia y de los discípulos de Cristo.

En el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de Juan, esa tipología se elabora y amplía más. Este libro apocalíptico prevé la persecución de los cristianos y de la Iglesia, representada esta por una mujer que huye al desierto (Ap 12). Los Padres de la Iglesia entendieron este signo grandioso como imagen de María que encarna a la Iglesia: la Iglesia perseguida y atribulada, pero también la Iglesia que es liberada de sus enemigos. Los Padres de la Iglesia declararon detalladamente esta tipología eclesiológica; en especial escribió sobre ello san Ambrosio (339-397). Posteriormente este punto de vista tipológico cayó en el olvido y se perdió. Con el tiempo se impuso una visión de María exclusivamente individualista. Se habló del lugar especial que María ocupaba como Madre de Jesucristo y Madre de Dios, como Virgen, como concebida sin pecado original. Muchos teólogos, muchos poetas, muchos creyentes, en numerosas preciosas poesías declararon «De Maria numquam satis»: de María nunca se puede decir bastante, nunca se la podrá alabar lo suficiente. Este principio no es falso, pero su aplicación es parcial si solamente se refiere a María: su persona, por muy singulares y especiales que sean su elección y el cometido de su misión en la historia de la salvación, tiene una dimensión tipológica y consiguientemente paradigmática para todos los creyentes. María, por su fíat, es tipo de todo creyente y de todo cristiano: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38). María es ejemplar en su escucha de la palabra de Dios. También posteriormente guardó siempre lo que vio y oyó y le dio vueltas en su corazón (cf. Lc 2,19). Este es el acto fundante de cada uno de los cristianos y de la Iglesia misma: oír la Palabra de Dios, darle vueltas en su corazón y

traducirla a la vida y a la acción. De este modo, María, por su fe, su obediencia, su humildad, su disponibilidad, su amor, es prototipo de la Iglesia. María permaneció fiel a esta actitud de obediencia y de humildad incluso al pie de la cruz; ella ha compartido con nosotros el peregrinaje de la fe y también la noche de la fe.

Estas virtudes –obediencia, humildad, disponibilidad para cumplir la voluntad de Dios–, sin embargo, son virtudes que hoy muchos no valoran. Para muchos, solo la autonomía, la emancipación, la autorrealización son dignas de ser deseadas. Ser humildes y obedientes es, a sus ojos, necedad e ineptitud para defenderse e imponerse.

Esta es la prueba más palmaria de lo alejados que estamos del Evangelio. María lo expresa espléndidamente en el Magníficat: «Desbarata a los soberbios en sus planes» (Lc 1,51). En todos los tiempos, la tradición espiritual ha considerado la humildad como la base y el núcleo de la doctrina de Cristo, quien fue humilde Él mismo. El himno cristológico de la Carta a los Filipenses dice de Cristo: «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana, se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en cruz». Esta obediencia hasta la muerte fue el único camino para la resurrección y la glorificación (cf. Flp 2,6-11).

Finalmente, el Magníficat es un mensaje sobre Dios y su divinidad. La fuerza de Dios es la fuerza que escoge lo que en el mundo es bajo, despreciado y débil, para humillar a lo fuerte (cf. 1 Cor 1,27). Dios es «el que llama a existir lo que no existe» (Rom 4,17). La última revelación de la fuerza de Dios es su «con-descendencia» hasta la muerte. Dios mismo se ha hecho débil y ha tomado sobre sí toda nuestra debilidad, con lo que ha demostrado no solo su fuerza, sino también su cercanía a nosotros y su humanidad. El Magníficat de María anticipa este mensaje.

Del Sermón de la Montaña

Las Bienaventuranzas

Dichosos los pobres de corazón,
porque el reinado de Dios les pertenece.

Dichosos los afligidos,
porque serán consolados.

Dichosos los desposeídos,
porque heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.

Dichosos los misericordiosos,
porque serán tratados con misericordia.

Dichosos los limpios de corazón,
porque verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz,
porque se llamarán hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por causa del bien
porque el reinado de Dios les pertenece.

Dichosos vosotros cuando os injurien, os persigan y os calumnien de todo por mi causa. Estad alegres y contentos, pues vuestra paga en el cielo es abundante. De igual modo persiguieron a los profetas que os precedieron.

MATEO 5,3-12

Pablo
¿A quién elige Dios?

Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los fuertes, a los plebeyos y despreciados del mundo ha elegido Dios, a los que nada son, para anular a los que son algo. Y así nadie podrá engreírse frente a Dios.

Gracias a Él, vosotros sois del Mesías Jesús, que se ha convertido para vosotros en sabiduría de Dios y justicia y consagración y redención. Así se cumple lo escrito: Quien se gloría, que se gloría en el Señor.

1 Corintios 1,27-30


MARÍA,
Madre de la Iglesia

El misterio de Dios y su misterio de salvación son inescrutables. La fe es un camino que, en el tesoro de la fe transmitida, se descubren constantemente lo viejo y lo nuevo. Eso es lo que ha sucedido también con la devoción mariana. El Concilio Vaticano II ha superado la devoción mariana, largo tiempo prevalente, de los «privilegios personales» y ha integrado de nuevo a María en el misterio de la Iglesia. A primera vista, María aparece como la primera y más distinguida hija de la Iglesia y hermana nuestra en la fe. Ella es eso. Pero es más: como miembro único y sin par de la Iglesia, es también la *Madre de la Iglesia*.

El Concilio señaló la maternidad de María respecto de los miembros de la Iglesia (cf. *Lumen gentium* 53), pero en el Concilio hubo resistencias a designar expresamente a María como «Madre de la Iglesia». Pero las excepciones no impidieron al papa Pablo VI, en su discurso sobre la promulgación de la constitución eclesial *Lumen gentium*, nombrar expresamente a María Madre de la Iglesia. Los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI le siguieron en este punto; también el *Catecismo de la Iglesia católica* ha calificado a María de Madre de la Iglesia (nro. 963). Tras el Concilio, el título de *María, Madre de la Iglesia* se ha extendido cada vez más como elemento constitutivo de nombres de comunidades e instituciones eclesiales, así como en invocaciones de la Madre de Dios. Ahora, en 2018, el papa Francisco ha instituido finalmente como fiesta de María, Madre de la Iglesia, el lunes de Pentecostés, que en la Iglesia universal –a diferencia de la tradición alemana– no se considera como segundo día festivo de Pentecostés. Al hacerlo, pudo remitirse a una antigua tradición que ya tiene testimonios en Ambrosio y en Agustín.

Cuando celebré por primera vez la nueva fiesta y, al hilo de ella, reflexioné sobre su significado, me vino a la mente su conexión con la fiesta de Pentecostés. María, cubierta por la sombra del Espíritu Santo, se ha convertido efectivamente en Madre de Jesús, que dio a la Iglesia al Hijo de Dios (Lc 1,35). Como Madre de Jesús, se convirtió también en la Madre del Cuerpo de Jesús, la Iglesia. Ya antes de que la Iglesia existiera en su figura visible y entrase en liza con la elección de los apóstoles y la misión de Simón Pedro, María –en virtud del efecto anticipado de la redención–, con el sí de su fe, hizo posible la llegada al mundo del reinado de Dios y, con él, el nacimiento de la Iglesia visible.

Esta maternidad espiritual se manifestó plenamente cuando María, juntamente con el discípulo al que Jesús amaba, estaba al pie de la cruz (Jn 19,25). Antes de que Jesús dijera su última palabra –«Todo está consumado»– y luego entregara su espíritu, antes de que de su corazón traspasado brotara sangre y agua y, según la interpretación de los Padres de la Iglesia, con ello tuvieran su origen los dos principales sacramentos de la Iglesia –bautismo y eucaristía–, Jesús, en la cruz, nos dejó su último legado. Moribundo, Jesús se dirigió a María, su madre, y al discípulo que en el cuarto Evangelio es considerado como modelo y *tipo* –prototipo– del discipulado. Dice el Evangelio: «Jesús, viendo a su madre y, al lado, al discípulo predilecto, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa» (Jn 19,26-27). De este modo Jesús, a sus discípulos, que quedaban solos, abatidos y abrumados por la angustia, les confiaba su madre, María,

como madre de ellos, así como, a la inversa, al discípulo y a todos nosotros en cuanto discípulos suyos, nos confiaba su madre como madre nuestra.

María aceptó este encargo en el acto. La encontramos en medio de los discípulos en oración por la venida del Espíritu Santo prometido, que en el primer Pentecostés descendió sobre María juntamente con los apóstoles (Hch 1,14; 2,1-4). Así, en la Iglesia apostólica, María es intercesora del Espíritu Santo, el cual es como el alma de la Iglesia, la plenifica, la informa y la guía en el camino de la misión. Y no solo al comienzo: ella es permanentemente la mujer que está de buena esperanza para la Iglesia y para el mundo. Por su maternal intercesión es dispensadora de la vida, de la franqueza y sinceridad, y del fuego del Espíritu Santo.

Después de Pentecostés no volvemos a oír más de María en los Hechos de los Apóstoles. En este momento pasan a primer plano los apóstoles, en especial Pedro y Pablo; luego, discípulos de los apóstoles como Bernabé, Marcos, Lucas, Timoteo y Tito. María, en la situación pospentecostal, permanece como la sierva humilde en un segundo plano. El discípulo amado la tomó «como cosa suya» (Jn 19,27), lo que, sin duda, significa no solo que la acogió en su casa, sino también que la implicó en su actividad apostólica y en su Evangelio. Ella se convirtió, por así decirlo, en alma maternal y poderosa intercesora, oculta, pero no por eso menos influyente, en la casa de la Iglesia.

Como tal, sobre María recae el cuidado de que el fuego pentecostal del Espíritu Santo no se apague y de que su ascua no se enfríe en nuestra situación pospentecostal. Ella enseña a la Iglesia a orar al Espíritu Santo, y ella misma ora por esta. Ella es, en la Iglesia, modelo de pacífico recogimiento en la oración y nos introduce en una actitud de interioridad que nos abre a la acción del Espíritu Santo, pero que nos hace también humildes para no abalanzarnos siempre al primer plano, sino recogernos modestamente. Como el pulmón en el cuerpo, así ella actúa en el interior de la Iglesia a fin de darle su aire espiritual para respirar y su fuerza, consuelo y aliento; a fin de darle alegría en medio de todas las apreturas, y nuevo impulso y entusiasmo pentecostal en medio de todos los cansancios.

Más que nunca, la Iglesia necesita hoy a María como Madre de la Iglesia para que no sea la ideología perniciosa del mundo, sino el Espíritu Santo, el espíritu de Jesucristo, el espíritu del amor, de la verdad, de la justicia, de la libertad y de la paz, quien penetre e impregne la Iglesia y el mundo. Para esto se precisan actitudes marianas: espacios de silencio y de oración, humildad dispuesta al servicio y al compromiso que, a pesar de todo, da un valeroso sí a Dios y a la humanidad.

Ireneo de Lyon (135-200) llamó a María «la desatanudos», la que con su sí desató el nudo que la primera Eva había anudado. Ahora, María, con su maternal intercesión, ayuda a la Iglesia a desatar los nudos por los que, en su peregrinaje a través de los siglos –y hoy especialmente–, vuelve la Iglesia a encontrarse de nuevo en situaciones difíciles y que ella tiene que desatar. Nudos que es preciso soltar y desenredar en la Iglesia y en el mundo: nudos, crispaciones y endurecimientos en los corazones de muchas personas; nudos de falta de entendimiento y de enemistad; nudos de una difícil e intrincada situación del mundo, en la que muchos nudos se embrollan al mismo tiempo entre sí

peligrosa y perniciosamente y se entrelazan, al parecer, inextricablemente. En esta situación muchas veces enredada, aparentemente sin esperanza, María es *Unsere Liebe Frau*, *Our Lady*, *Nuestra Señora*: por así decirlo, la *gran Dama* que no corta los nudos con la espada a viva fuerza, sino que con *esprit*, en el más profundo sentido de la palabra, con la elegancia que le es propia y a su manera maternal, con paciencia y constancia, ayuda a desatarlos. Por esto a María se la venera también como *Madre del buen consejo*, la que incluso en situaciones desesperadas tiene un consejo. En ella, Dios ha encontrado una salida que los humanos nunca pudieron encontrar. Porque «para Dios nada hay imposible» (Lc 1,37).

Maternalmente, ella nos suplica que –como decían los místicos de la Edad Media– Cristo nazca de nuevo, en el Espíritu Santo, en nuestros corazones; que en horas difíciles aguantemos como ella al pie de la cruz y obtengamos en el Espíritu Santo consuelo y fuerza. Ella nos acompaña en nuestro último camino hacia nuestra pascual resurrección a la vida eterna. Como Madre de la Iglesia, participa, en el Espíritu Santo, en los dolores de parto de la Iglesia, que continuamente –y hoy en particular– tiene que desenredarse de viejos enredos, liberarse para la libertad de los hijos de Dios (Gal 5,1) y, en un renovado Pentecostés, crecer hasta la plena figura de Jesús, el Cristo (Ef 4,13). Ella ruega para que el mensaje de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña (Mt 5,3-12), las que ella –mujer del pueblo– cantó anticipadamente en el Magníficat, se haga realidad en los dolores de parto de la nueva creación (Rom 8,22) en la que Dios desbarata a los soberbios, a los potentados los derriba del trono, ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos saturados (Lc 1,51-53).

El júbilo del Magníficat muestra que la devoción a María es fascinantemente bella, pero en modo alguno ajena al mundo ni tampoco dulzona. María es la mujer del pueblo y, como tal, la mujer que está de buena esperanza, maternal intercesora, consoladora y refugio de todos los humanamente desesperanzados, aliento para los que están decaídos y cansados. Precisamente en tiempos difíciles ella es estrella-guía de la Iglesia en su peregrinación por un mar muchas veces encrespado y tormentoso. El culto mariano no ha llegado en absoluto a su final: antes al contrario, justamente hoy nos hace falta y nos hace bien. La fiesta de María, Madre de la Iglesia, es un regalo para nosotros en el momento oportuno.


MARÍA,
Madre de todos los vivientes

La importancia y el significado de la figura de María no se agotan en el hecho de ser y representante del pueblo de la antigua y de la nueva alianza, es decir, de la Iglesia. Su significado e importancia trascienden a la Iglesia. María es –como ya indica el Nuevo Testamento y como declaran detalladamente los Padres de la Iglesia– la nueva Eva, y por eso posee para toda la humanidad un significado y una importancia que trascienden el significado y la importancia que van ligados a la Iglesia visible.

Este motivo está un tanto oculto en el Nuevo Testamento, pero no por eso está menos presente. El ángel se dirige a María para que ella se convierta en la madre del Hijo de Dios y del Salvador mesiánico, cuyo reinado no tendrá fin (Lc 1,33). Jesús no solo es esperado por su pueblo, sino que es el cumplimiento de la esperanza de *todos* los hombres y mujeres de buena voluntad y el Salvador de toda la humanidad. No es, pues, casualidad que el evangelista Lucas retrotraiga el árbol genealógico de Jesús no solo hasta Abrahán, como hace Mateo, sino más allá, es decir, hasta Adán (cf. Lc 3,23-38). Así, Lucas inserta su evangelio en una perspectiva de proyección universal, lo sitúa no solo en la historia de salvación del Pueblo de Israel, sino también en la historia universal, como lo muestra la mención del emperador Augusto en el relato de la Navidad (cf. Lc 2,1).

María, que ha sido llamada a convertirse en la Madre del redentor del mundo, vuelve a encontrarse de ese modo en la descendencia de Eva, que es «madre de todos los vivientes» (Gn 3,20). Eva, por su desobediencia, se convirtió en la puerta no de la vida, sino de la muerte. Y, así como Eva ha contribuido a traer la muerte, así María contribuye a traer la vida (cf. *Lumen gentium* 56). María, como Madre del Salvador, se ha convertido en la puerta de la nueva vida: no solo de la vida terrena, sino también y sobre todo de la vida eterna. En el Hijo de María se ha cumplido la promesa a Abrahán: «Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo» (Gn 12,3). Así, ya la antigua alianza, si bien en su realidad histórica se dirige a un pueblo particular, en su finalidad última es al mismo tiempo universalmente válida. Tampoco la Iglesia es una realidad consistente y cerrada en sí misma, sino –como dice el Concilio Vaticano II– «signo e instrumento […] de la unidad de todo el género humano» (cf. *Lumen gentium* 1).

María es la mujer orante; sus manos están abiertas y prontas a recibir; ella no espera nada de sí misma; al contrario, lo espera todo de Dios. María representa, ante todo, la pobreza de la creatura. Dios no solo llama al pobre: incluso «llama a existir lo que no existe» (Rom 4,17). Tras la ascensión de su Hijo al cielo, ella se reúne en el cenáculo con los apóstoles, los discípulos y algunas mujeres y ora por la venida del Espíritu Santo (Hch 1,14). María sabe que nosotros no podemos realizar ni la Iglesia ni la unidad de la Iglesia; la Iglesia y su unidad son obra del Espíritu Santo. María es el modelo de la Iglesia orante y de la vida contemplativa en las que se apoya la vida activa y misionera.

María conoce la pobreza de la creatura, pero representa también al mismo tiempo su dignidad. San Agustín (354-430) expresó esto en una notable formulación: «Dios, que te creó sin ti, no ha querido salvarte sin ti». Es decir: Dios quiere la colaboración de la persona, no la salva sin su participación. La creatura, para Dios, no es ninguna máscara; Dios toma en serio al ser humano. Por eso, Dios necesitó, para la salvación de la

humanidad, una creatura que estuviera dispuesta a aceptar su ofrecimiento, que estuviera dispuesta a decir sí, fíat: «como tú has dicho». María pronunció ese sí –así lo escribe santo Tomás de Aquino (1225-1274)– *loco totius generis humani*, «en nombre de todo el género humano». María es, pues, no solo la representante de Israel, sino la representante de toda la humanidad. Tal vez resulta ahora más fácil de entender por qué María recibe con frecuencia también el culto de religiones no cristianas: por ejemplo, en el Corán de los musulmanes, que fomentan un gran aprecio de María y la veneran como Virgen. Pero también otros muchos se sienten atraídos por María y ven en ella una modélica figura humana. Todo esto no son puras proyecciones del alma humana que ocasionalmente se reflejan en la representación de María como Reina del cielo. Para la devoción popular, María es también y sobre todo la Madre Dolorosa, una imagen que se vuelve a encontrar en las innumerables representaciones de la Pietà. La madre que sostiene en sus brazos al Hijo muerto es la imagen conmovedora de una situación profundamente humana. María es la hermana de muchas madres que lloran a sus hijos, es la hermana de los pobres y de los oprimidos, de los atribulados, de los insignificantes y de los *outsiders*, pero también de los que están alegres y llenos de esperanza. María es verdaderamente la hermana de los humanos.

Stabat Mater
(siglo XIII)

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.

Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena

cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena!

Y ¿cuál hombre no llorara
si a la Madre contemplara
de Cristo en tanto dolor?

Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.

Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.

Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en Él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.

Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.

Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas
que el llanto dulce me sea.

Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.

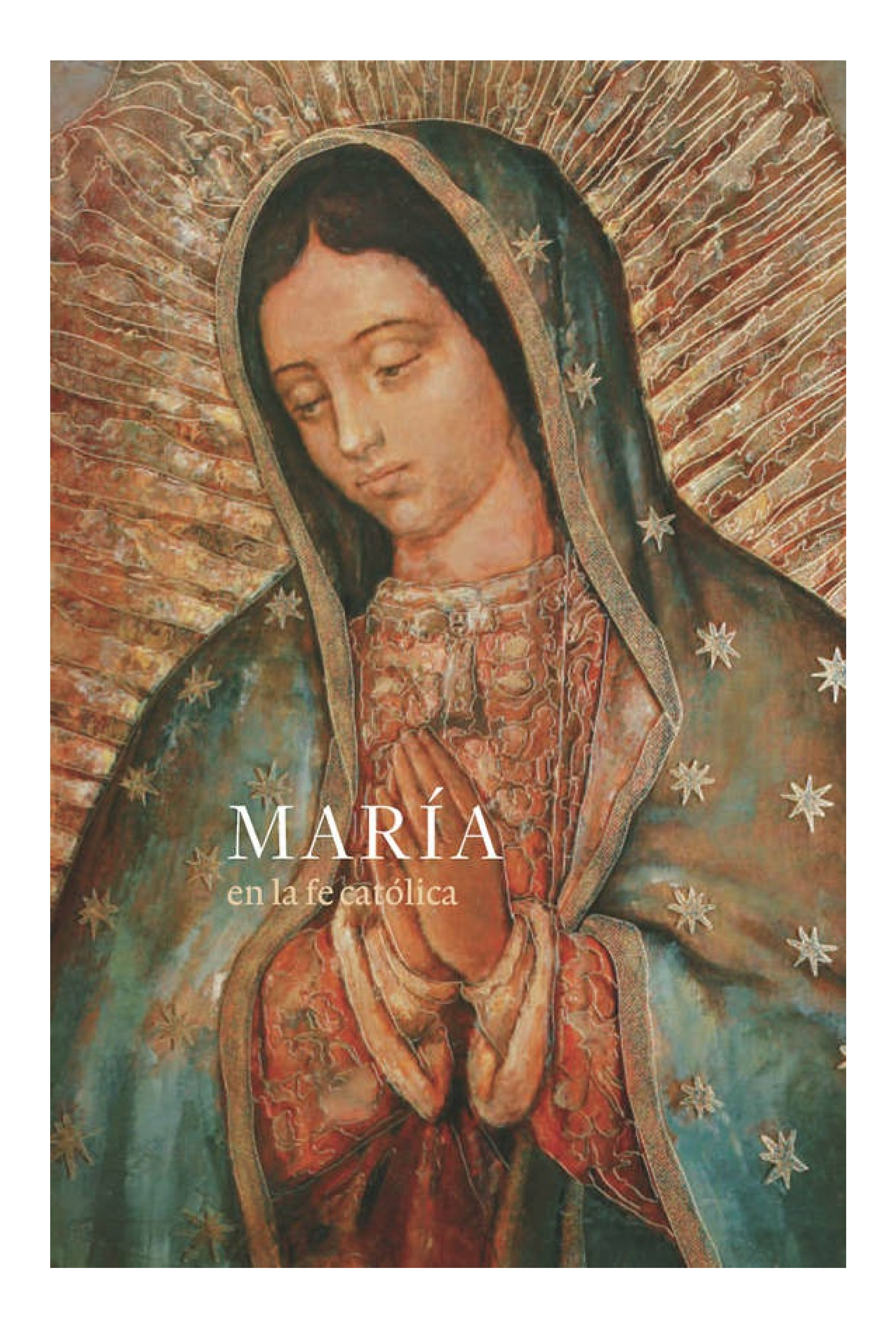
Porque me inflame y encienda
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.

Porque, cuando quede en calma

el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

Versión de F. Lope de Vega y Carpio


MARÍA
en la fe católica

Como resultado de lo que hemos dicho hasta aquí sobre el testimonio de la Biblia, podemos dar por sentado lo siguiente: la fe en María no se encuentra tanto en textos y testimonios bíblicos singulares. María representa el conjunto del testimonio bíblico: la alianza con el Pueblo de Israel, con el Pueblo de la nueva Alianza, es decir, de la Iglesia, y con toda la humanidad. María está no al margen, sino en el centro de la Biblia.

Y este testimonio fundamental está, en cierto sentido, escondido, oculto. Quien lee la Biblia superficialmente y como a distancia no lo va a descubrir. Con frecuencia, el corazón entiende mejor las cosas que la cabeza. De aquí que se precise la meditación espiritual para entender en profundidad a María. Consiguientemente, la doctrina de la Iglesia sobre María es menos el fruto de una reflexión puramente intelectual que el resultado de una contemplación espiritual y de una experiencia espiritual vivida por la Iglesia durante siglos.

Después de haber hablado del testimonio bíblico, quisiera adentrarme ahora en el desarrollo de la fe católica. Naturalmente, no puedo exponer aquí exhaustivamente la mariología católica. Solo puedo dar algunas indicaciones sobre los dogmas marianos de la Iglesia.

María, Madre de Dios

Comencemos con el artículo de fe central y fundamental: María, la *Theotókos*, «la que da a luz a Dios». Este dogma fue formulado o, mejor dicho, definitivamente promulgado en el tercer Concilio ecuménico de Éfeso (431). El Concilio defendió el título *Theotókos* frente a Nestorio, que rehusaba hablar de María como la Madre de Dios y pretendía hablar simplemente de la *Christotókos*, la madre de Cristo. En torno a esta cuestión se desató una agria controversia con Cirilo de Alejandría. El argumento de Cirilo era este: en Jesucristo, el Hijo de Dios, el *Lógos* (la eterna Palabra de Dios), como le llama el Evangelio de Juan (Jn 1,1-3.14) se ha unido definitiva y plenamente con la humanidad; la naturaleza humana y la naturaleza divina se penetran mutuamente de tal manera que no se pueden separar, ni siquiera en el plano puramente intelectual. Cuando María da a luz a la naturaleza humana, esa naturaleza humana está vinculada y unida tan estrechamente con la naturaleza del Logos que María da a luz también la naturaleza divina. En Jesucristo, Dios ha dicho su sí definitivo a la humanidad (cf. 2 Cor 1,19-20). La expresión *Theotókos*, «Madre de Dios», es un signo de ese sí escatológico –sí de Dios– que viene dado de una vez por todas.

Y es que, en efecto, partiendo de la negación del dogma mariológico, quedó amenazado desde los tiempos de la Ilustración –y, tarde o temprano, también negado– el dogma cristológico de la divinidad de Cristo. La fe mariológica, consiguientemente, es garantía y baluarte de la fe cristológica. En este sentido, el dogma de Éfeso reviste hasta el día de hoy una gran importancia: sirve para defender el núcleo de la fe cristológica, la fe en Jesús, el Cristo, que en la unidad de la persona del Logos es *verdadero Dios y verdadero hombre*.

En otras palabras: María es signo y representante de la alianza entre Dios y su Pueblo y toda la humanidad; y lo es justamente en el momento en que esa alianza alcanza su punto culminante en el nacimiento del Hombre-Dios, Jesús, el Cristo. María nos dice: Dios no deja a su creatura en la estacada; la ha elegido y acogido definitivamente en Jesucristo (cf. Ef 1). El Concilio Vaticano II declara incluso que, en Jesucristo, Dios se ha «unido con todo hombre» (*Gaudium et spes* 22) y que, consiguientemente, no existe ya situación alguna en la que el ser humano esté total y absolutamente sin Dios y sin esperanza. Mediante Cristo, Dios nos acompaña en todos nuestros caminos y está con nosotros en todas nuestras situaciones.

María, como signo de la alianza entre Dios y toda la humanidad, representa el mensaje de que Dios nos ama y nos toma en serio. Incluso en el acto de la encarnación, aunque era un acto divino, ha obrado con participación humana. Necesitaba el sí, el fíat de María. Ella es, por tanto, no solo desde el punto de vista físico o, como se dice hoy día frecuentemente, biológico, madre de Jesús y de Dios: María es Madre de Dios con toda su persona; es Madre de Dios también espiritualmente, por su obediencia. Existen imágenes antiguas de la Anunciación en las cuales el Espíritu Santo, en el momento mismo de la Anunciación y de la Concepción, entra por el oído de la Virgen. *Conceptus ex auditu*: Jesús fue concebido por la «escucha de María». ¡Espléndida imagen de la fuerza creadora y de la fecundidad maternal de la obediencia!

María Virgen

Esta reflexión nos conduce al punto siguiente. Íntimamente ligado al dogma de la maternidad divina está el *dogma de la virginidad de María*. Mención expresa tiene la virginidad de María en el Evangelio de Lucas y en el de Mateo y forma parte ya de los más antiguos credos, cuando rezamos «natus ex Maria Virgine», «nacido de María Virgen». La Madre de Jesús, la Madre de Dios, es, al mismo tiempo, virgen.

Este dogma, con frecuencia y por diversos motivos, es hoy negado y fuertemente rechazado. Son de naturaleza más bien académica los motivos que afirman que dicho dogma se deriva de modelos paganos egipcios. No es posible entrar aquí más detenidamente en esta discusión. En este momento, baste decir que en realidad no existen paralelos de ningún tipo y que hasta ahora nadie ha demostrado cómo determinadas imágenes egipcias han podido entrar en la tradición bíblica. Con todo, dejamos este tema a los especialistas en esta investigación.

El segundo argumento crítico se oye hoy con más frecuencia. No es académico o científico, sino que procede de la mentalidad moderna y de la presente concepción de la vida. Este argumento ve el dogma de la virginidad como una desvalorización de la sexualidad. En realidad, tal desvalorización sería perfectamente opuesta al pensamiento bíblico, el cual es muy realista y además considera la sexualidad como un regalo del Creador. Pero, por otro lado, la idea de absolutizar la sexualidad y hacer de ella un ídolo al que uno se somete como un esclavo es contraria a la Biblia. En cambio, la presentación de la virginidad en el Nuevo Testamento nos dice que la sexualidad es un

asunto de libre consentimiento y que solo entonces es verdaderamente humana. Es algo libre porque tiene una alternativa. De esa manera, la virginidad libera de la esclavitud de la sexualidad. La virginidad da a la sexualidad su dignidad humana.

Pero volvamos al significado de la virginidad de María: también, en el fondo, este dogma tiene un significado cristológico. Está en continuidad con el mensaje del Antiguo Testamento y del Magníficat, según los cuales, en la historia de la salvación, Dios actúa de forma paradójica y prefiere lo pobre, lo débil, lo estéril. La virginidad de María apunta a que Dios, en Jesucristo, ha hecho un nuevo comienzo que no procede de las fuerzas de este mundo, de las fuerzas de la carne y de la sangre (cf. Jn 1,13). La virginidad de María es, pues, por un lado, la garantía de la gratuidad y de la soberanía de la acción salvífica de Dios en Jesucristo y un signo del nuevo comienzo y de la nueva creatura que con él comienza.

Por otro lado, la virginidad tiene un significado antropológico, porque es un signo de la perfecta disposición de María y de su apertura frente a Dios, frente a su actuar, su proyecto y su voluntad. La virginidad es, por así decirlo, la expresión corporal de su fíat. María se compromete entera y totalmente con su misión y su papel en la historia de la salvación. En este sentido, la virginidad perpetua de María (*Maria semper virgo*) ha ejercido una gran influencia en el monacato y en la vida célibe, lo mismo que, por su parte, también el monacato ha contribuido mucho al desarrollo del dogma. María se ha convertido en patrona defensora y en modelo de la vida consagrada, es decir, de la vida entera y exclusivamente entregada a Dios, a la venida de su reinado, a Jesucristo y a su Iglesia.

El patrimonio de todas las Iglesias cristianas

Ambos dogmas –María Madre de Dios y María siempre Virgen– son los dos dogmas marianos fundamentales. Estos dogmas son el patrimonio común a todas las Iglesias cristianas. En las Iglesias ortodoxas no se puede pasar por alto lo siguiente: su profunda devoción a la *Theotókos* se hace palpable en los iconos y se puede percibir en la multitud de himnos marianos de su liturgia. Pero también los reformadores asumieron toda la tradición de los primeros Concilios ecuménicos y de los credos o confesiones de fe, y con ello la confesión de María como Madre de Dios y Virgen. Piénsese solo en la grandiosa interpretación que Lutero hace del Magníficat. Los luteranos tradicionales han conservado también las fiestas marianas en el curso del año eclesial. Más claro es esto en el anglicanismo, que hasta hoy celebra las fiestas marianas y ha conservado preciosos himnos a María.

Con los otros dos dogmas –el *dogma de la Inmaculada Concepción* y el *dogma de la Asunción corporal de María a la gloria celeste*–, la cosa varía. Ambos dogmas son de fecha más reciente: los dos han sido definidos tras el cisma con la Iglesia ortodoxa (1054) y después de la Reforma del siglo XVI. La *Inmaculada Concepción* fue definida por el papa Pío IX en 1854, y la *Asunción al cielo*, por el papa Pío XII en 1950. Consiguientemente, como dogmas, no pertenecen a la tradición común, plantean

problemas ecuménicos y, por tanto, son discutidos en el diálogo ecuménico.

Cuando digo que estos dogmas son de fecha más reciente, con ello solo pienso en su definición *como* dogmas; sus raíces son mucho más antiguas y, según nuestra convicción católica, tienen su apoyatura, en un último análisis, en la Sagrada Escritura. Sobre todo, existe una conexión con otros dogmas más antiguos, en especial con el dogma de María como Madre de Dios, que es la clave de la vida de María y de su papel en la historia de la salvación. La *Inmaculada Concepción* atañe al comienzo y la *Asunción al cielo*, al final de la vida de María. Podríamos decir también que la *Inmaculada Concepción* atañe al presupuesto y la *Asunción al cielo*, a la consecuencia de su maternidad divina.

La elección de María

La *Inmaculada Concepción* es el presupuesto de la maternidad divina porque la maternidad divina presupone, por su parte, que María es un tabernáculo puro para el Hijo de Dios. María solo estaba en disposición de decir y realizar su fíat porque estaba *gratia plena*, «llena de gracia» (cf. Lc 1,28). Su fíat no fue un acto autónomo, humano, sino un acto de fe, un don de Dios. Solo porque María estaba sustentada e impregnada de fe estuvo en condiciones de abrirse total y enteramente a Dios y aceptar plenamente su cometido. Solo porque Dios se volvió a ella pudo ella entregarse totalmente a Dios.

Podemos, pues, entender que, ya según la comprensión de la Iglesia antigua, María estuvo sin mancha y sin pecado; fue –como lo expresan las Iglesias orientales– la *Panagiá*, la «toda santa», la santísima Virgen María, la Esposa del Espíritu Santo. Sin embargo, se necesitó mucho tiempo, reflexión y, sobre todo, contemplación antes de que la Iglesia, apoyándose en un amplio consenso, pudiera decir, confesar y definir que María, desde el primer momento de su existencia, esto es, desde el instante de su concepción, fue «inmaculada», es decir, sin mancha y sin pecado. El problema que se planteaba consistía en compaginar esa doctrina con la doctrina de la universalidad del pecado original y de la redención de Cristo. Fueron teólogos franciscanos los que finalmente encontraron y expusieron la solución: que también María había sido redimida por la gracia de Cristo, pero que esa redención había tenido lugar desde el primer momento de su existencia y en anticipación de la gracia merecida por Cristo en la cruz. Se puede también decir: María es la aurora de la nueva creatura que comienza en Jesucristo. En María, el sol –Jesús– envía sus primeros rayos y anuncia el nuevo día.

Con esto estamos otra vez en nuestra idea central: María, signo de la alianza. María, la inmaculada y preservada de todo pecado, es el signo de que el proyecto que Dios tuvo originariamente con su creación no ha fracasado del todo. La alianza con Dios no se ha frustrado por completo. En María, la intención de Dios ha permanecido intacta. En su persona también se había verificado el plan divino relativo a la Iglesia como esposa «sin mancha ni arruga» (Ef 5,27). Así, María nos da la certeza de que la alianza con Israel y con toda la humanidad no ha fracasado, y de que la Iglesia que en el Credo profesamos como santa no es solo un lejano ideal, sino que, al menos en María, existe realmente. En María podemos reconocer el proyecto originario de Dios respecto de sus creaturas y el

esbozo original de la Iglesia. En la elección de María, la meta escatológica de la alianza de Dios se hace comprensible de manera concreta y personal. Los teólogos dirían: María es escatología realizada y, como tal, es un signo de la fidelidad de Dios y, para nosotros, un motivo de la certeza en la fe.

La Asunción de María

Con la mención de la dimensión escatológica hemos llegado ya al *dogma de la Asunción corporal de María a la gloria celestial*, es decir, a la acogida de María en el lugar de su destino escatológico. Cuando se definió este dogma, en 1950, hubo entre los teólogos una encendida discusión: algunos de ellos defendían la idea de que el dogma no tenía fundamento ni en la Sagrada Escritura ni en la tradición eclesial primitiva. Efectivamente, los primeros testimonios son apócrifos, y los testimonios que hay que tomar en serio proceden solo del siglo VI. El único pasaje de la Escritura que puede ser aducido en este contexto es la exclamación de Isabel «Dichosa tú que has creído» (Lc 1,45). También Jesús proclamó bienaventurados a aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (cf. Mc 3,35; Lc 11,28). Porque María fue la *toda-creyente*, también las promesas de la fe tienen para ella plena validez: María es bienaventurada en la gloria celestial junto a Dios.

Y aún hay una argumentación ulterior. El dogma de la Asunción al cielo está en íntima conexión con la doctrina de la *maternidad de María*, con su *virginidad* y también con el dogma de la *Concepción Inmaculada*. Todas estas doctrinas muestran la íntima vinculación de María con el destino de su Hijo. Esta vinculación es de tal naturaleza que ni siquiera se rompe en la muerte y en la resurrección de Cristo. En particular, si la *Inmaculada Concepción* significa que María es la imagen de la meta escatológica de toda la humanidad, entonces es, por decirlo así, «normal» que María, tras su vida terrena, sea elevada a la gloria escatológica con todo su ser, es decir, en cuerpo y alma. En ella brilla ya la meta de nuestra vida; ella es la *Stella Maris*, la estrella que nos alumbra sobre el océano, la que nos muestra el camino y nos da esperanza para nuestro caminar en la vida.

Dios –así nos dice María– «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22,32). La muerte no tiene la última palabra; la muerte será vencida por la vida. San Pablo pregunta triunfalmente: «Muerte, ¿dónde está tu victoria?; muerte, ¿dónde está tu aguijón?» (1 Cor 15,55). Con esto, el *dogma de la Asunción de María a la gloria celestial* no es ninguna doctrina o afirmación abstracta y seca, sino un grito de júbilo, un himno, un canto. María atestigua lo que dijo san Ireneo: «Gloria Dei est vivens homo», «La gloria de Dios es el hombre viviente».

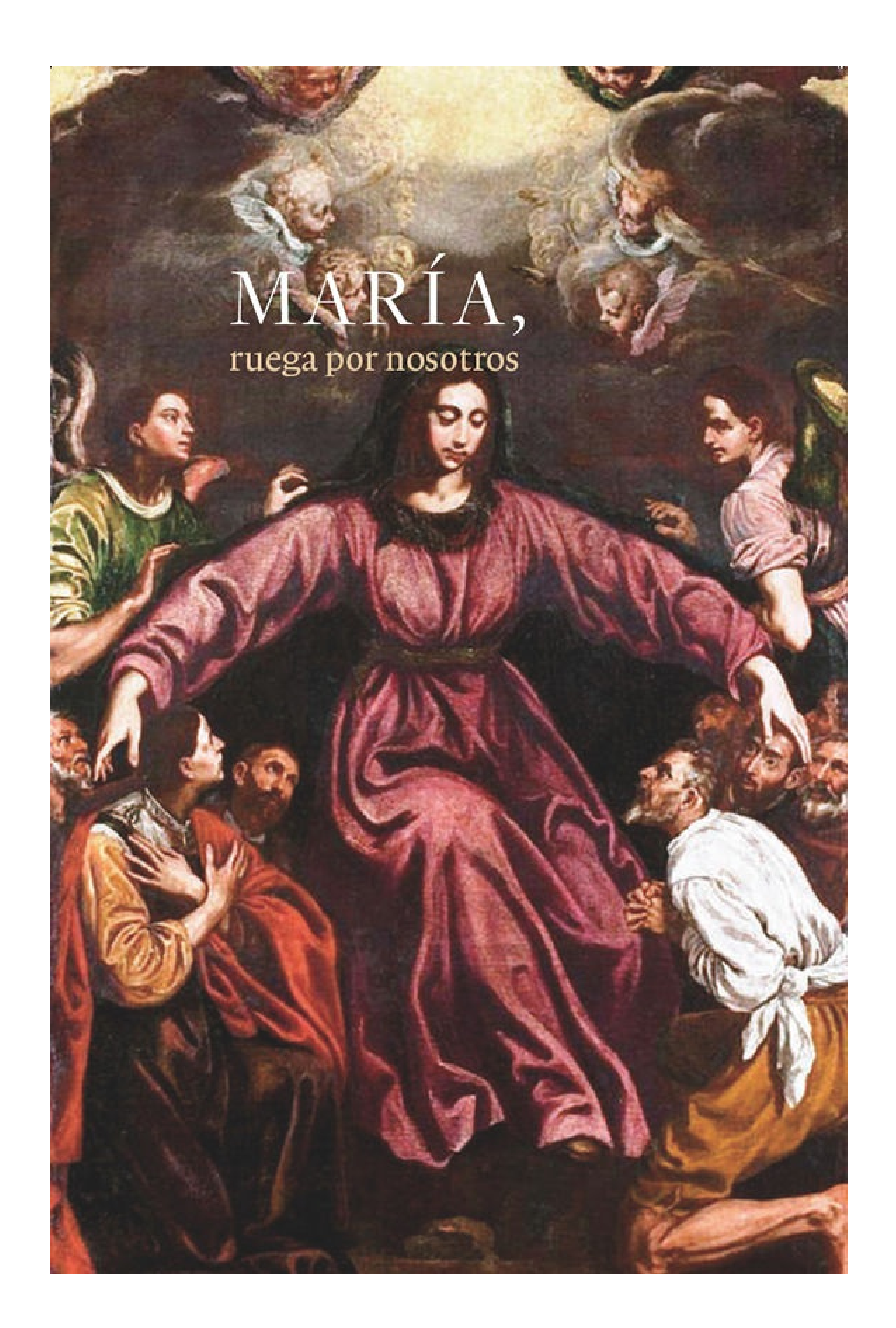
Una rosa ha brotado

Una rosa ha brotado
en un lindo vergel,
el capullo anunciado
del tallo de Jesé.
Ha nacido una flor
en medio de la noche
de un invierno helador.

El capullo de rosa que yo digo
ya lo menciona Isaías:
es María Inmaculada,
que nos trajo la florecilla.
De la eterna Palabra de Dios
ha dado a luz un Hijo
y se mantiene doncella y pura.

La florecita minúscula
que tan dulce nos huele
con su brillo tan claro
disipa las tinieblas.
¡Hombre verdadero y Dios verdadero!
Nos ayuda en las penas
y nos salva del pecado y de la muerte.

Del CANTORAL DE ESPIRA (1599)


MARÍA,
ruega por nosotros

María es no solo una persona histórica: es también una importante figura de la hist la salvación. Con su Asunción a la gloria celeste, María no está fuera y ausente, sino presente. Como Madre de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, ella es también Madre de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo, Madre de los hermanos y hermanas de Jesús, Madre de todos los cristianos y de todos los hombres. Esta maternidad de María era materia de fe ya en los primeros siglos de nuestro calendario. La oración más antigua que conocemos es la famosa *Sub tuum praesidium* [Bajo tu protección].

Ya los primeros cristianos estaban convencidos de que María, en la gloria celeste, se preocupa de manera verdaderamente maternal de sus hijos. Por eso, en toda situación de necesidad, en toda dificultad y, en especial, cuando la Iglesia está en peligro, podemos invocarla. En Alemania tenemos muchas imágenes de la Madre de Dios acogiendo a los cristianos bajo su manto, defendiéndolos.

María mantuvo una especial cercanía a Cristo y a su obra salvadora a lo largo de toda su vida y hasta su muerte en la cruz. En cierto modo, podemos decir que ella también participa de su papel de mediador de la gracia. Sin embargo, aquí tenemos que ser precavidos: María no es mediadora en el mismo sentido en que Cristo es mediador, pues Cristo es el *único mediador* entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2,5-6). María solo es mediadora en virtud de la mediación de Cristo y por su participación en ella. El Concilio Vaticano II dice: «La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia. En efecto, todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres no tiene su origen en ninguna necesidad objetiva, sino en que Dios así lo quiso. Brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de ella saca toda su eficacia; favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo» (*Lumen gentium* 60).

Los reformadores del siglo XVI rechazaron la oración a María y a los santos. Reconocieron a María como modelo de fe y de vida cristiana, pero no como abogada o intercesora. En su opinión –como decían–, no se necesita el rodeo a través de María para llegar a Cristo y al Padre. La representación católica se basa en la comunión de los santos. «Santos» son, según la concepción del Nuevo Testamento, no solo los canonizados cuyos días festivos vienen consignados en el calendario litúrgico. «Santos» son todos los bautizados, todos los que han sido santificados y participan juntos de la misma fe, de la misma vida y de la misma gracia de Cristo, en el mismo Espíritu Santo, y, consiguientemente, constituyen una comunión. Esta comunión trasciende la vida natural y terrena, no termina con la muerte. Puesto que es participación en la vida eterna, perdura también en la gloria celestial. Por eso nosotros, los que vivimos en la tierra, permanecemos unidos a los muertos y, en especial, a los santos que están junto a Dios.

Por la fe en la comunión de los santos, esta afirmación adquiere un ulterior significado. También nosotros estamos ya inscritos en el nuevo mundo que habrá de llegar. La Carta a los Hebreos expresa muy bellamente este pensamiento: «Vosotros, en cambio, os habéis acercado a Sion, monte y ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celeste, con sus millares de ángeles, a la congregación y asamblea de los primogénitos inscritos

en el cielo, a Dios, juez de todos, a los espíritus de los justos consumados, a Jesús, Mediador de la nueva alianza» (Heb 12,22-24). Estar con María significa pertenecer al mundo futuro y estar ya ahora inscritos en la liturgia eterna delante del trono de Dios.

La oración mariana más extendida es el avemaría. Comienza con líneas tomadas del Evangelio de Lucas, el saludo del ángel y la glorificación de Isabel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (cf. Lc 1,28). «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús» (cf. Lc 1,42). Es muy significativo que este texto bíblico, en el avemaría, se amplíe con un añadido que pone de relieve la dimensión escatológica: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Este añadido resume toda nuestra oración a María: oramos a María para que nos ayude a entrar en la gloria escatológica, de la que ella ya participa ahora. María, por tanto, no es solo signo, sino también instrumento de la esperanza. María nos dice: esta no es ninguna esperanza y expectativa vacía y vana, no es ninguna ilusión, ninguna pura proyección de nuestras añoranzas y deseos profundos, sino una realidad en la fe, porque Dios mantiene la fidelidad a su Pueblo, a cada ser humano y a todas sus creaturas.

Estoy convencido de que hoy, en un tiempo que ha perdido la esperanza y se contenta con las pequeñeces y las alegrías de a diario, necesitamos una esperanza que nos dé aliento y nos infunda paciencia y un gran corazón para las cosas grandes y los más profundos deseos de nuestra alma. Nadie puede vivir sin esperanza: ningún individuo, ningún pueblo ni ninguna comunidad religiosa; tampoco la Iglesia. Necesitamos a María como signo e instrumento de esta esperanza: «Santa María, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte».

Sub tuum praesidium
(Bajo tu protección)

Sub tuum praesidium confugimus,
sancta Dei Genitrix.
Nostras deprecationes
ne despicias in necessitatibus,
sed a periculis cunctis
libera nos semper,
Virgo gloriosa et benedicta.

Bajo tu protección nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien líbranos siempre de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.

(Siglo III)

Sobre las imágenes

Cubierta

Leonardo da Vinci, estudio sobre la *Madonna con el huso*, hacia 1501.

María, icono del Evangelio

Giotto, *Visitación*, fresco, Asís, en torno a 1310.

La Visitación es la escena bíblica del Magníficat: «Cuando, pues, hoy hablamos de la Madre de Dios y cuando en la liturgia cantamos o rezamos diariamente el Magníficat, nos unimos al gran coro de todas las generaciones de todos los siglos, y de todos aquellos que han dicho y repetido el Magníficat y alabado a Dios…» (págs. 20-21).

María, hija de Sion

Árbol de Jesé con María y el niño, miniatura del Salterio de Scherenberg, en torno a 1260.

«María es el lazo y el vínculo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y representa la unidad de la historia de la salvación, el hilo conductor que recorre toda la Sagrada Escritura» (págs. 31-32).

María, obediente a la palabra

Lorenzo Lotto, *Cristo se despide de su madre*, 1521 (detalle).

«María permaneció fiel a esta actitud de obediencia y de humildad incluso al pie de la cruz; ella ha compartido con nosotros el peregrinaje de la fe y también la noche de la fe» (pág. 39).

María, Madre de la Iglesia

Georg Melchior Schmidtner, *María que desata los nudos*, San Pedro en Perlach (St. Peter am Perlach), en torno a 1700.

«Ireneo de Lyon (135-200) llamó a María "la desatanudos", la que con su sí desató el nudo que la primera Eva había anudado. Ahora, María, con su maternal intercesión, ayuda a la Iglesia a desatar los nudos por los que, en su peregrinaje a través de los siglos –y hoy especialmente–, vuelve la Iglesia a encontrarse de nuevo en situaciones difíciles y que ella tiene que desatar» (pág. 51).

María, Madre de todos los vivientes

Tiziano, *Madre dolorosa con las manos levantadas*, 1555.

La pintura de Tiziano representa a María como orante y como madre de dolores.

«María es la mujer orante; sus manos están abiertas y prontas a recibir; ella no espera nada de sí misma; al contrario, lo espera todo de Dios» (pág. 58).

«Para la devoción popular, María es también y sobre todo la Madre Dolorosa, una imagen que se vuelve a encontrar en las innumerables representaciones de la *Pietà*. La madre que sostiene en sus brazos al Hijo muerto es la imagen conmovedora de una situación profundamente humana. María es la hermana de muchas madres que lloran a sus hijos, es la hermana de los pobres y de los oprimidos, de los atribulados, de los insignificantes y de los *outsiders*» (pág. 60).

María en la fe católica

Imagen milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe, 1531.

«Consiguientemente, la doctrina de la Iglesia sobre María es menos el fruto de una reflexión puramente intelectual que el resultado de una contemplación espiritual y de una experiencia espiritual vivida por la Iglesia durante siglos» (pág. 67). La Virgen de Guadalupe, que, de acuerdo con la tradición, se apareció primero en la fiesta de la *Inmaculada Concepción de María*, es una experiencia espiritual que ha abierto el continente latinoamericano a Cristo. Como apenas ninguna otra imagen de María, la imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe muestra en su manto estrellado a María como «*Stella Maris*, la estrella que nos alumbra sobre el océano, la que nos muestra el camino y nos da esperanza para nuestro caminar en la vida» (pág. 78).

María, ruega por nosotros

El Greco, *Virgen de la Misericordia*, 1620-1623.

«La oración más antigua que conocemos es la famosa *Sub tuum praesidium* [Bajo tu protección]. Ya los primeros cristianos estaban convencidos de que María, en la gloria celeste, se preocupa de manera verdaderamente maternal de sus hijos» (pág. 83). La composición de la imagen de El Greco –la Madonna del manto protector– recuerda la iconografía del acontecimiento de Pentecostés: «La representación católica se basa en la comunión de los santos [...] “Santos” son todos los bautizados, todos los que han sido santificados y participan juntos de la misma fe, de la misma vida y de la misma gracia de Cristo, en el mismo Espíritu Santo, y, consiguientemente, constituyen una comunión» (págs. 84-85).

Índice